

La gestación del diario El País en los últimos años del franquismo

Susana Sueiro Seoane

UNED

Cuando murió Franco, el diario El País aún no había visto la luz por lo que no tuvo que soportar la humillación de dedicar a Franco epítetos elogiosos en el acto de las exequias, cuando toda la prensa tuvo que sumarse a un relativamente unánime coro de respeto y reconocimiento a la figura del dictador. Fue ésta una circunstancia muy afortunada, la de no haber nacido en el franquismo, lo que le permitió ser un periódico nuevo para tiempos nuevos, y fue esa una de las razones de su éxito.

Sin embargo, hubiera muy bien haber podido formar parte del panorama de la prensa del tardofranquismo porque, al morir Franco, el diario El País llevaba nada menos que un lustro en gestación. Los primeros contactos entre quienes iban a ser los fundadores de El País se habían establecido a comienzos de 1971 y, en enero de 1972 se constituyó la entidad Prisa, Promotora de Informaciones Sociedad Anónima, para lanzar un diario liberal, europeísta y moderno, un periódico serio, de gran calidad, un periódico “de gran calado intelectual”. A los fundadores de Prisa les gustaba el significado de la palabra resultante de las siglas como símbolo de la celeridad con que pensaban poner en marcha el periódico pero, como digo, tuvieron que transcurrir cinco años para que pudiera por fin publicarse.

El contexto en que se concebía este proyecto era el del nuevo horizonte cultural y periodístico que había abierto, con todas sus limitaciones, la Ley de Prensa de 1966. Eran años, aquellos primeros años 70, de desmoronamiento del franquismo, en los que cada vez parecía más cercano e inexorable "el hecho biológico" de la muerte de Franco y se planteaba un futuro político incierto para España. ¿Quiénes fueron el alma del proyecto?. Los que tuvieron la idea fueron José Ortega Spottorno y los periodistas Darío Valcárcel y Carlos Mendo.

José Ortega Spottorno, hijo del filósofo José Ortega y Gasset, estaba dedicado en cuerpo y alma al mundo editorial. Devoto del legado intelectual de su padre, estaba empeñado en proseguir sus empresas y sus ideas. Reanudó primero la publicación de

las ediciones de la *Revista de Occidente*, en 1940, y luego la propia *Revista*, en 1962. Creó más tarde, en 1966, Alianza Editorial y su colección El Libro de Bolsillo, de importancia capital en la modernización cultural de la vida española. Ortega Spottorno tenía el sueño de repetir la empresa periodística de su padre que, consciente de la importancia de la prensa y su influencia en la opinión pública, había contribuido en los años veinte a la fundación de *El Sol*, periódico que había pretendido renovar la vida política y cultural española, del que había sido el colaborador más distinguido.

Los dos periodistas que fueron a ver a José Ortega Spottorno, y que estaban desilusionados por no haber podido realizar ciertos proyectos en *Abc*, a cuya redacción pertenecían ambos, eran Carlos Mendo, con una ya prestigiosa historia periodística a sus espaldas, hombre estrechamente unido a Manuel Fraga, y el joven Darío Valcárcel, monárquico juanista, íntimo amigo de José María de Areilza, dirigente del movimiento monárquico. Como es lógico, los dos periodistas se reúnen para hablar del proyecto con sus respectivos mentores, Fraga y Areilza, respectivamente.

Fraga puso gran empeño en lo que él denominaba “operación *El País*” como un posible órgano de expresión de su proyecto político reformista. Se trataba de conciliar el cambio político con el máximo de estabilidad social, evitando aventuras, a través de una acción evolutiva, sin violencia ni ruptura. El nuevo diario, como señalaba Fraga en su libro *Memoria breve de una vida pública*, debía ser “liberal e independiente, equidistante entre el inmovilismo y el marxismo”.

A los primeros accionistas los reclutaron los promotores en su respectivo entorno familiar, amistoso, profesional y de afinidad ideológica. Entre aquellos primeros accionistas figuraba ya Jesús de Polanco, entonces en la cuarentena, cuya empresa editorial, Santillana, con ramificaciones en América, constituía ya un sólido y próspero negocio. El que pronto iba a convertirse en el dinámico promotor empresarial de *El País* fue contactado por Ortega y por Fraga, para que les ayudase a hacer la gestión. Los fundadores lo vieron como un ejecutivo, como un empresario con los pies en la tierra que les podía servir de gran ayuda.

Para atraer nuevos accionistas, los promotores se pusieron en movimiento viajando por toda España para explicar el proyecto. Se animaron a suscribir acciones gentes en general de la burguesía ilustrada, empresarios, banqueros, diplomáticos, escritores, pintores, escultores y profesionales distinguidos: médicos, ingenieros, arquitectos, editores, funcionarios, científicos, embajadores, académicos, muchísimos abogados y

un número muy elevado de catedráticos de Universidad, hasta la cincuentena, el colectivo profesional más numeroso.

Desde el punto de vista político e ideológico puede detectarse la presencia de personas de un relativamente amplio espectro, con excepción de los extremos, y con nula presencia de militantes del PSOE. Predominaban abrumadoramente, como podía esperarse de la personalidad de los promotores, los reformistas desde dentro del régimen y los representantes de una oposición muy moderada: fraguistas, areilcistas, liberales orteguianos. Ortega se proponía excluir a comunistas y a opusdeistas, pero se coló un comunista, Ramón Tamames, cuya militancia no era por entonces pública, por razones obvias, y unos cuantos representantes del Opus, que tampoco acostumbran a pregonar esa condición.

Fraga consiguió reunir, con diversos colaboradores y amigos, casi un 20 por 100 del capital fundacional del periódico. Él, personalmente, sólo poseía 2 acciones pero en torno a sí reunió a un grupo de accionistas que eran sus amigos y seguidores, como Pío Cabanillas o Carlos Robles Piquer. Fraga era, pues, accionista influyente por el conjunto de amigos y seguidores que le apoyan y suscriben acciones para poder sacar el periódico.

Darío Valcárcel es otro de los promotores que consigue reunir una parte importante -una cuarta parte, según algunas informaciones- del capital inicial de *El País*. Al menos desde 1970 está con Areilza en todas sus iniciativas políticas de signo aperturista. Ambos, monárquicos juanistas, atraen a muchos de los primeros accionistas que son representantes de la oposición monárquica que asiste a los encuentros habituales con Don Juan de Borbón en Estoril, que ven en el hijo de Alfonso XIII la autoridad arbitral y superadora de la guerra civil.

Entre los accionistas del principio hay también personas vinculadas a la Institución Libre de Enseñanza y a la *Revista de Occidente*, o que se suman al proyecto por su amistad con José Ortega, como Julián Marías o Alfonso de Cossío, Pedro Laín o Camilo José Cela. Algunos de ellos, comenzando por el propio Ortega, serían senadores por designación real en las Cortes constituyentes. La mayoría de estos intelectuales, sin ser “monárquicos de toda la vida” y aunque en algún caso de origen republicano, confiaban en la monarquía como fórmula mejor para restablecer las libertades. Todos ellos, preocupados por el porvenir de la España postfranquista, creían necesario crear en el país un estado de opinión favorable a la monarquía democrática como único medio de conjurar el peligro de nuevas convulsiones o futuras dictaduras.

Estaban de acuerdo en algo: había que huir tanto del inmovilismo como de la anarquía. Decididos europeístas, querían una Monarquía constitucional que permitiera a España integrarse en los organismos supranacionales de la Europa occidental. Con esta idea, la de crear una opinión favorable a esta solución monárquica de superación del franquismo, se sumaron muchos accionistas al proyecto de *El País*.

Muchos de los accionistas habían sido políticos del régimen y habían ocupado, y en bastantes casos seguían ocupando, importantes cargos públicos. Era el caso de Fraga. El suyo era un reformismo dentro del régimen, que no le impedía estar dentro de la estructura política del franquismo y aspirar a altos cargos. Otros accionistas habían sido colaboradores del régimen, pero habían acabado por situarse en la oposición. Es el caso de Areilza, que había militado en las filas franquistas desde la guerra civil y durante el franquismo había sido embajador en Argentina, en los Estados Unidos y en Francia. Desde mediados de los sesenta había dejado de colaborar con el régimen para pasar a dirigir la política de Don Juan al frente del Secretariado político de Estoril. Desde entonces estaba en la oposición liberal al franquismo. Para los leales al “Caudillo” era un tráfuga y un traidor. Es el caso también, por ejemplo, de Ruiz Giménez. También Castiella, hombre del régimen, ministro de Asuntos Exteriores, se aparta en 1970 de la escena pública, desilusionado y disconforme con la política de Carrero Blanco. Siempre buen amigo de Areilza, la enemistad con Carrero hace a Castiella oscilar hacia el grupo franquista liberalizador frente al grupo tecnocrático apadrinado por Carrero.

Otros accionistas se habían distanciado mucho antes que estos que acabamos de mencionar de Franco, aunque habían participado en el lado franquista durante la guerra civil. Perteneían al bando de los vencedores, pero habían experimentado luego una reconversión ideológica. Era el caso del propio José Ortega, o, por ejemplo, de Joaquín Satrústegui, que había fundado en el otoño de 1957 el grupo liberal-monárquico Unión Española, opuesto al régimen desde el interior.

Entre los accionistas jóvenes, hay funcionarios de alto nivel, personas próximas al poder que, no obstante, desempeñan papeles de oposición. Es el espacio político donde se ubican los grupos democristianos, socialdemócratas y liberales, gentes muchas de las cuales luego integrarían la UCD. Muchos serían en su día ministros de Suárez. Algunos integrarán en 1973 el grupo *Tácito*, que desde 1974 preconizará bajo este pseudónimo el advenimiento gradual de la democracia. Jóvenes católicos alejados del Movimiento por sentido generacional, que todos los viernes firmaban un artículo de

opinión en el diario de la Editorial Católica, *Ya*, y en varios periódicos de provincias. En estos artículos semanales hacen un llamamiento a los hombres del régimen para que se abran sin temores hacia el futuro, y a los de la oposición tradicional para que no insistan en su reiterada actitud de empezar de cero y acudan a la construcción de una sociedad democrática española partiendo de lo que ya existe, aislando en sus reductos a las posiciones radicales.

En la España de los últimos años del franquismo, frente a la derecha inmovilista y a la izquierda marxista y rupturista, existe un amplio espacio político en el centro, que es el que todos estos grupos tratan de ocupar. Son grupos, que algunos han considerado simples alternativas pseudodemocráticas y oportunistas, pero que serán decisivos en el desarrollo de la transición; la dirección política del proceso de instauración de la democracia iba a recaer en estos sectores del régimen de Franco que asimilaban la reivindicación de democracia y libertad pero partiendo de la legalidad vigente y sin quebranto del orden social y político. Y ahí -en esa idea de democratización gradual y sin traumas- es donde se sitúa el proyecto de El País.

Desde luego, había poquísimos accionistas representantes de la izquierda. Probablemente no se sumaron al proyecto porque creían que El País estaría más bien situado a la derecha, dada la personalidad de alguno de sus más notorios impulsores. Con la excepción que confirma la regla de Tamames, los únicos representantes de la izquierda son los del PSP -Raúl Morodo, Fernando Morán- y algunos otros, pocos, que formarán parte de la Junta Democrática, como Vidal Beneyto. Paradójicamente, a la vista de la historia posterior, no había nadie del PSOE que no fuera debido a los resultados imprevistos de la fusión del partido de Tierno Galván con el de Felipe González.

La mayor parte del capital se repartía entre accionistas con muy poca participación. La dispersión accionarial, el hecho de que nadie tuviese más del 10 por ciento del capital, sería uno de los *leit-motiv* de *El País* en sus primeros tiempos, una garantía de su independencia. En realidad, era hacer de la necesidad virtud: nadie puso dinero en el proyecto como una posible inversión rentable, sino para hacer una "buena obra" cívica (su desinterés se vería premiado, con una revalorización espectacular de las acciones). Pocos dedicaron a ello -la mayoría tampoco hubiera podido- cantidades muy sustanciosas. Los grupos no madrileños, procedían sobre todo de Valencia, Cataluña, Andalucía Oriental, Galicia, País Vasco y Canarias.

Fueron infructuosas todas las gestiones para la autorización del diario ante el Ministerio de Información, a cuyo frente se suceden Sánchez Bella, Fernando de Liñán, Pío Cabanillas, y León Herrera. El ministro aperturista Pío Cabanillas, sin duda favorable al proyecto, como lo evidencia el hecho de que había suscrito tres acciones, tropezaba con más altas instancias que se oponían a que *El País* viese la luz. Sería cesado personalmente por Franco en octubre de 1974. También Fraga hizo numerosas gestiones para conseguir la autorización. En esos largos y desesperantes años, desde la constitución de Prisa hasta que por fin, en septiembre de 1975, llegó la tan demorada autorización para el nacimiento de *El País*, a veces cundió el desánimo pero el espíritu general entre los accionistas fue de resistencia.

En estos años, el papel de Jesús de Polanco, pronto nombrado Consejero delegado, fue subiendo rápidamente. Es el empresario ejecutivo, decidido, con sentido del riesgo calculado, que empieza a tomar decisiones que se revelarán acertadas, como la necesidad de invertir y adaptarse a las nuevas tecnologías. Si los fundadores habían ideado el proyecto y logrado con su entusiasmo convocar, por amistad o coincidencia de propósitos, altruistamente, a un vasto espectro de personas, Polanco había contribuido por su parte a hacerlo creíble desde el punto de vista empresarial. Sería pronto el interlocutor ante los bancos a los que había que acudir en demanda de créditos o de otro tipo de ayuda.

La idea era que el director fuese Carlos Mendo, fiel colaborador de Fraga. Sin embargo, cuando en septiembre de 1973 Fraga acepta irse de embajador a Londres y se veía demasiado lejana la salida del diario, Carlos Mendo le siguió a la capital británica como agregado de prensa. Al irse Mendo a Londres, los promotores piensan en la conveniencia de buscar otro director, menos marcado políticamente, más aceptable para la oposición democrática, y se deciden a pedir a Fraga la renuncia de Mendo. Se barajaron varios nombres que no cuajaron. Entonces surge el nombre de Cebrián, en el que ya se había pensado para subdirector. A pesar de su juventud, 31 años, Cebrián era ya un periodista experimentado. Empezó su carrera periodística en *Pueblo*, bajo la dirección de Emilio Romero, que le nombró redactor jefe con 19 años. Había formado parte del equipo fundador de *Cuadernos para el Diálogo*. Jesús de la Serna se lo había llevado luego de *Pueblo* a *Informaciones* del que sería subdirector. Gozaba, desde luego, de un *pedigree* perfecto para quienes desde el franquismo aspiraban a capitanear la transición. Era un niño del régimen, del barrio de Salamanca, alumno del colegio de El Pilar, de familia burguesa acomodada. Su padre, Vicente Cebrián, “falangista de

toda la vida”, en palabras de su hijo, había sido director de *Arriba*, de la agencia Pyresa y secretario general de la Prensa del Movimiento, así que no es raro que a Fraga le pareciera bien la propuesta de Cebrián que era “el chico de Vicente”.

En estos años anteriores a la salida, la idea que había en algunos ambientes periodísticos con respecto a *El País* era que podía no salir y si lo hacía iba a ser un fracaso, un periódico elitista, “con artículos sobre el bimilenario de Herodoto”, según decían algunos. El nonato diario, que aparecía ligado a la *Revista de Occidente* y con tantos intelectuales de altura entre sus promotores, iba a ser, se decía “un periódico para catedráticos”. En efecto, pudo haber sido así, pudo haber sido como *El Sol*, un diario de gran altura intelectual, influyente pero con una difusión poco boyante, del que su mismo fundador Urgoiti decía: “hay números tan llenos de artículos de alto vuelo que hacen fatigosa su lectura”.

Pero no era ese el periódico que Juan Luis Cebrián tenía ya en mente y que, con el apoyo de Polanco, lograría hacer. Ninguno de los dos quería un diario influyente para minorías sino un diario que, sin renunciar a ser de calidad, aspirase a dirigirse al gran público. Saliendo al paso de los que creían que el diario estaría repleto de “alta cultura”, Cebrián declaraba que aspiraba a ser un periódico de la cultura, pero sin convertirse en un diario elitista para minorías ilustradas, No iba a ser popular en el sentido de Prensa Popular. Iba a ser un periódico de calidad pero de gran tirada. O sea, un periódico “serio”, pero no tan "serio" como en su día lo fue *El Sol*, del que un comentarista coetáneo decía que era un periódico como para españoles del porvenir, o como se desearía que fuesen, no para españoles corrientes de los que andaban por la calle, y que se vedó a sí mismo los temas que apasionaban a los coetáneos: toros y lotería. *El País* se vedaría el boxeo, de afición más bien minoritaria, como en un vago guiño de homenaje a aquel prestigioso antecesor que pesaba mucho en el recuerdo de José Ortega Spottorno y de los intelectuales orteguianos que acudieron a su llamada para el proyecto.

Desde el principio surgió el debate de a quién correspondía decidir la línea del periódico. Unos consideraban que era competencia de la propiedad, de los accionistas a través de su órgano rector, el Consejo. Otros creían que un periódico lo hace el Director y la Redacción. Entre los primeros, destacó por sus intervenciones Julián Marías. Entre los segundos, enseguida destacó Polanco, lo que le llevó a una clara sintonía con Cebrián. La alianza entre Jesús de Polanco y Juan Luis Cebrián procede ya de esta época previa a la salida del periódico. Ambos tenían una postura en cierto modo

simétrica. Habían sido convocados por los promotores como técnicos en sus respectivos terrenos: en la gestión el uno, en la dirección del periódico el otro. Desde su papel ejecutivo como Consejero Delegado apoyaría el proyecto profesional de Cebrián, según el cual a la propiedad le correspondía una tarea de coordinación, pero no de supervisión directa del periódico. El periódico debía ser mucho más de quienes lo hacían que de quienes lo poseían. Surgían ya, en torno a este tema, barruntos de la tormenta que no tardaría en estallar con el periódico ya en marcha.

No fue muy fácil reclutar a la redacción. Los periodistas con experiencia y más o menos bien situados en otros medios, no se mostraban, salvo excepciones, muy dispuestos a abandonarlos para embarcarse en una aventura sugestiva, pero incierta. De ahí la extraordinaria juventud de la redacción, con una edad media de 29 años (en la actualidad es de 43). Apetecía estar allí, porque era algo nuevo que podía tener éxito, pero daba miedo que pudiera no funcionar. La joven redacción de los primeros tiempos era, con algunas excepciones, decididamente *progre*, muy estilo mayo del 68, situados muchos de ellos, más o menos vagamente, en la izquierda, incluso extrema izquierda, del espectro político.

El País publicaría su primer número, por fin, el 4 de mayo de 1976. Gracias a la labor obstruccionista de las sucesivas administraciones del final del franquismo, *El País* vio la luz en unas circunstancias extraordinariamente favorables. Esa oportunidad no buscada no es, evidentemente, toda la razón de su éxito, pero sin ella difícilmente se hubiera producido en la misma medida. Había hambre de un diario distinto, al menos entre una gran parte del escaso número de lectores de diarios en este país. Y *El País* era un diario novedoso en muchos aspectos que llegaba a un mercado dominado por fórmulas anticuadas de periodismo. En el mejor de los casos, los periódicos existentes en aquel momento necesitaban reciclarse para adaptarse a los nuevos tiempos, y no sólo ideológicamente. Tecnología obsoleta, plantillas sobredimensionadas, eran “prensa vieja”, por resucitar una vieja fórmula puesta en circulación por *El Sol* en los años veinte, con su suficiencia de periódico innovador, para referirse a sus colegas, con gran irritación de éstos.

Hubo enseguida una clara identificación de la idea de cambio político con la lectura de *El País*, el periódico nuevo. La opinión pública identificó la aparición de *El País* con el cambio en el país. A los seis meses de su salida, se había consolidado como el primer matutino de Madrid. El éxito de *El País* fue rápido y fulminante. La meta de estabilizarse en una tirada de 100.000 ejemplares pronto se vio desbordada por el éxito.

El País encontró en seguida un público predominantemente joven, ávido de democracia y situado más bien a la izquierda. Pero no era el periódico que muchos de los accionistas esperaban. Algunos de los que tanta dedicación y entusiasmo habían puesto en el proyecto, no tardarían en decir “no es esto, no es esto” ante *El País* real.

Entre los que habían contribuido al nacimiento de *El País*, con la intención de influir desde él en el rumbo y alcance de la transición, el primero que tuvo razones para sentirse defraudado fue Fraga. Lo primero que quedó claro fue que *El País* no era “fraguista”, para su indignación y la de sus partidarios dentro del accionariado del periódico. Ciertamente que el Fraga ministro de la Gobernación del primer Gobierno de la Monarquía y fundador después de Alianza Popular, no parece el mismo que constituía *la gran esperanza blanca* del reformismo en los últimos tiempos del franquismo, según argumentaba el periódico, y su director en sus declaraciones a otros medios. El reformista que parecía llamado a servir de “puente”, pactando con la oposición para conseguir una transición a la democracia sin violencia, resultó por razón de su cargo y su temperamento el encargado de reprimirla. El hecho de tener que ocuparse de los problemas de orden público, cuando aún no estaban regulados los derechos de reunión, asociación y manifestación, pero la gente se reunía, se asociaba y se manifestaba al grito de “amnistía, libertad”, y su carácter autoritario y colérico, le incapacitaban para pactar con la oposición.

Ciertamente también que, muerto Franco, las expectativas de gran parte de la ciudadanía iban más allá de lo que pretendían estos tímidos reformistas, que parecen ahora los representantes de una derecha reaccionaria, nostálgica del franquismo.

Pero no sólo Fraga y su gente se mostraron disconformes. También los intelectuales liberales orteguianos reaccionaron en contra de muchos aspectos del periódico que, señalaban, había constituido un éxito, pero no la clase de éxito que ellos buscaban. Palabras como *chabacano*, *acre*, *vulgar*, *zafío*, *arrabalero* se repiten en las críticas de bastantes consejeros.

A los liberales “a la antigua”, que habían dejado atrás su juventud, conservadores en materia de costumbres, con frecuencia católicos practicantes, que constituían una parte importante de los consejeros y accionistas de Prisa, les disgustaba el juvenil desenfado con que se trataban en el periódico temas de moral sexual, las nuevas formas de ocio de la juventud, el poco respeto con el que se trataba a instituciones hasta entonces intocables. A muchos de estos accionistas fundacionales, que se sintieron desconcertados y descontentos en seguida ante el periódico, que sentían que aquel no

era "su" periódico, les irritaban estas cosas, tanto o más que las estrictamente políticas. Algunos de ellos escribían indignadas cartas al director. A los sesudos intelectuales orteguianos, el desgarrar de un Umbral, de un Savater, de una Maruja Torres más tarde, que atraían al periódico a un público joven y *progre*, no les parecía "serio". Era una cuestión en gran medida generacional. El estilo cáustico, irónico, insolente, irrespetuoso de los artículos de Umbral o Savater producía ampollas.

En contraposición con lo que se esperaba de él, que fuese un diario de la "derecha civilizada", estos accionistas lo consideraron demasiado izquierdista. Fue sobre todo en los temas de sociedad en los que más se manifestó desde el principio la postura *progre* o de izquierdas de *El País*, del que se dijo que era conservador en economía, de centro en política, y radical en estos asuntos. A muchos de los accionistas fundacionales, este aspecto era el que más les irritaba: el divorcio, la cohabitación fuera del matrimonio, los anticonceptivos, la despenalización del aborto, la desaparición del estigma social de la homosexualidad, etc., etc. El mismo Ortega confesaría que no le gustaba la atención que prestaba a la homosexualidad y temas semejantes.

También la actitud de *El País* ante los temas religiosos suscitó muchas críticas. La sociedad española, y sobre todo la juventud, experimentaba en estos años un cambio radical en costumbres y actitudes en asuntos de moral. *El País* se pronunció claramente a favor de los valores laicos, de los proyectos laicistas, como la necesidad de regular el matrimonio civil y el divorcio, o la secularización de la enseñanza. Su declarado laicismo entraba de lleno en el anticlericalismo, según algunas opiniones. Desde luego, en *El País* colaboraban asiduamente escritores e intelectuales anticlericales, ateos o agnósticos, como Fernando Savater, Francisco Umbral o Rafael Sánchez Ferlosio, que abordaban todo tipo de temas y de vez en cuando se despachaban con artículos provocadores que resultaban tremendamente hirientes para estos accionistas. Pero los colaboradores que marcaban la línea del periódico en temas religiosos eran personas que hablaban desde dentro de la Iglesia, que pertenecían o habían pertenecido a ella, si bien en una postura progresista. El País da cabida a curas secularizados como Reyes Mate o Juan Arias, y teólogos progresistas, como el jesuita José María Díez-Alegría, así como intelectuales católicos seculares, como José Luis López Aranguren, Enrique Miret Magdalena y José Jiménez Lozano, que se definían como cristianos heterodoxos y abogaban por abrir la Iglesia al diálogo con todos, incluido el marxismo.

La dinámica de la sociedad española y hasta consideraciones de mercado, conscientes o inconscientes, del hueco que había para llenar en el espectro de la prensa

de alcance nacional, llevarían a hacer un periódico que no era el que sus primeros impulsores habían concebido. En las Juntas de accionistas, los accionistas disidentes plantean una y otra vez la desviación de *El País* de los principios fundacionales. Se constituyó un sindicato de accionistas opositor en el que figuraban destacados fraguistas, monárquicos y liberales orteguianos. Dimitieron consejeros como Julián Marías. En fin, en los primeros años del periódico se ventiló en el seno del Consejo de Administración y en la Junta de Accionistas de Prisa una guerra motivada por concepciones dispares del periódico que unos y otros querían hacer. Todas estas luchas no hubieran sido quizá tan enconadas si *El País* no se hubiera convertido en poco tiempo en el diario de referencia. Estaba en juego el control del que era ya el periódico más influyente de España, al que algunos calificaban de “poder fáctico”, a dos años de su fundación.